

VENDIMIÓN DOMÉSTICO

SALMOS

PRELUDIO

Casa mía, símbolo del mundo;
casa mía, término de anhelos;
donde vive todo lo que fundo,
donde tienen límite mis vuelos.

Pan que amasan todas las harinas,
flor que nutren todas las corrientes,
que coronas todas las colinas
y que encienden todos los orientes.

Casa mía, imagen fulgurante
de la vida, siempre laborada;
en la paz, asilo confortante,
en las luchas, puño de mi espada.

Si no fueras, obra de mis manos,
casa mía, toda tan viviente,
impregnada de hálitos humanos
y corona fúlgida en mi frente;

si la vida toda no pasara
por la criba recia de tu harnero;

si, cernida, luego no manara,
polvo de oro, sobre el mundo entero,

casa mía, yo te escogiera,
hoy que canto, para mis cantares;
que no rima con mi musa fiera
la ceniza gris de los hogares.

Porque fuiste, casa, la oficina
más ferviente de mis voluntades;
porque en ti hago pan con esta harina
sacrosanta de las realidades;

porque vivo sobre tus baldosas
plenamente la existencia entera;
porque obligo, desde ti, á las cosas
á que sean sólo á mi manera,

y eres ara de mis devociones
y refugio de mis soledades
y armadura de mis creaciones
y la forma de mis voluntades;

porque tienes, casa mía, el dejo
de mi propia ley tan conocido,
que en ti el orbe todo, tan complejo,
á mi imagen queda reducido;

casa mía, sello mío, norma,
fuerza mía, canto tu apariencia

llena de hondas calidades, forma
de la vasta, múltiple existencia.

Casa mía, sobre tus cristales
el sol, cuando muere en el ocaso,
pone el oro de sus funerales,
don postrero de su ardiente paso;

casa mía, como en tu ventana,
estos oros trágicos del astro,
yo en ti veo la ardua fiebre, rastro
hecho imagen, de la vida humana.

SALMO PRIMERO

I

— Este es el libro entero de mi vida
y el canto de mi casa;
este es mi hogar; tú, mujer mía, cuida
de alimentar la brasa.

LA ESPOSA

— Te pondré el corazón á flor de labio
con todo lo que encierra;
tú encontrarás en él, á flor de labio,
los frutos de la tierra.

Me dijo mi Señor : «Tú eres serena
como luna de enero;
llena de oculta majestad y llena
de cariño severo.

La vida en tus pupilas, transparencia;
voluntad, en tus manos;
me darás el amor y la experiencia
de los casos humanos.»

Respondí á mi Señor : «Soy tierna cría
inexperta y pasmada;
recogida en su seno me tenía
mi madre en la majada.

Nada sé, sino el paso misterioso
de los astros lejanos,
el amor de mi madre y el reposo
dulce de mis hermanos.

Tengo todo el espíritu florido
de las noches aquellas,
cuando solía, en el redil dormido,
apacentar estrellas.

Por cariños de andar te seguiría
tímida y asombrada;
de regreso mi madre escucharía
novedades del mundo en la majada.»

Y Él, otra vez : «Porque eres tierna cría
yo te busco, preciada;
por todas las estrellas que tendría,
virgen, en tu mirada.

Por este pasmo tuyo en que la tierra
se renueva y se lava;
porque perdí en los días de la guerra
las flechas de mi aljaba.

Porque heme aquí que malgasté lo mío
por las negras posadas;
y voy desnudo y me herirán con frío
las largas invernadas.

Humilde quiero hacerme en tu ternura
y limpio en tu limpieza;
juntaré mi dolor de sepultura
á tu vida que empieza.»

Yo fuí de mi Señor fervientemente
allá por los oteros;
los pastores nos vieron en la fuente,
que da principio á todos los senderos.

II

— Cruzamos, en los días del encanto,
los caminos floridos;
las tiernas aves nos hacían canto
desde sus tiernos nidos.

Las mariposas de color de llama
surgían de los pinos;
la zarzamora, el boj y la retama
nos abrían caminos.

Y vimos una tarde, en la vertiente,
los árboles caídos;
negro despojo, estaban tristemente
los mutilados troncos abatidos.

Llorabas tú la destrucción, amada;
y fué, entonces, mi canto
como estrella en la noche y alborada
de sonrisa, en el llanto.

Y te dije: «Heme aquí que, en estas ruinas,
levantaré mi casa;
y tú, con estas lágrimas divinas,
mojarás la argamasa.»

Nos darán la madera estas colinas;
amada mía, pasa,
y pongamos á arder entre estas ruinas
de nuestro amor la brasa.»

LA ESPOSA

— Fué la dura labor tan pagadora
que, en la vertiente herida,
donde pasó la destrucción, ahora
ríe y canta la vida.

Tengo mi casa en medio de un camino;
libres sus cuatro lados,
como los cuatro escudos que, en un pino,
dejaron cuatro ejércitos colgados.

Tengo mi casa, sobre todas bella,
como yo la quería;

y de artificio tan cabal que, en ella,
la ley de mi Señor se une á la mía.

Tengo mi casa, donde hacer que fluya
resina de mis ramos;
tengo mi casa, y es la casa tuya
y en ella nos juntamos.

Mi exaltación, que estaba derramada,
á compás se reduce;
y el fuego, errante ayer, de mi mirada
sobre el hogar hoy luce.

Los rebaños de gracias de la vida
de noche, se aposentan
bajo su techo, y yo, casi dormida,
les oigo cómo alientan.

Tengo mi casa, y es toda graciosa
como mi propio gesto;
concorde, centro de ella es cada cosa,
desde el sitio preciso en que la he puesto.

Mi casa es como cáliz, que recibe
agua del cielo en la tormenta acerba,
y, para el día de la sed, conserva
agua del cielo y cielo en el algibe.

III

—Yo la fundé y mandé que, en el diverso
mundo, fuera á mi modo;
y ella me es, como imagen de universo;
porque en ella entra todo.

Fundé mi casa en ti; que era preciso
que fueses tú para la vida de ella;
no la encontré de gracia, al improviso,
antes, porque eres bella, fué tan bella.

Fundé mi casa en ti, mi compañera,
mi casa, imagen mía;
y así me fundé en ti, por tal manera,
que moría en tu amor y renacía.

Que en el fundar mi casa hubo uno á modo
de entronque mío en la naturaleza;
tuve mi casa y en mi casa todo
se animó de mi fuerza y tu belleza.

Conjuntamente hicimos criatura,
y este es, amada, todo el monumento
que da á nuestras dos almas una hechura
y nuestras torres junta en un cimiento.

Toda la obra gentil que yo movía
hasta el instante aquel, era liviana;

que, al cabo, era yo mismo y no añadía
materia nueva á la materia humana.

Pero, en aquel momento en que pusimos
manos en nuestra casa,
mujer mía, de humanos nos salimos
y pasamos la tasa.

Y fué la obra conjunta, la parida
tuya y mía igualmente;
la que echaba en las aguas de la vida
la novedad de su novicia fuente.

Hija me es del espíritu mi casa
tenida en tí; y es hija
de tus dos labios la caliente brasa
que en el rescoldo del hogar cobija.

Ni yo sin tí, ni tú sin mí la hicieras
así, cooperadora;
nos será cuando muera y cuando mueras
prenda y sustentadora.

¡Oh, casa mía, origen de caminos
á través de la tierra!
¡Casa en que recibimos peregrinos
y heridos de la guerra!

Casa: sobre los hierros de tu puerta
y la fiel trabazón de tus cimientos;

sobre la luz de tu ventana abierta
al paso de los vientos;

sobre tu hogar y este fervor tranquilo
del hogar que acompaña mis labores;
sobre tu placidez y el don de asilo
que tienen tus silencios y tus flores,

amo yo el dejo oculto y la manera
de espiritual medida
con que quedó, en tus muros, prisionera
la voluntad de amor que te dió vida.

SALMO SEGUNDO

I

LA ESPOSA

— Me dijo mi Señor : «Aplica á todas las cosas esta ley de casa nuestra; el mundo viene á escuela en nuestras bodas, y tú eres, mujer mía, la maestra.

Para toda codicia halle tu mano el adecuado cebo; para toda amargura, un gesto humano; para toda hora nueva, un goce nuevo.

Si el mundo es tempestad, la casa es puerto, y si es guerra la vida, ella es victoria; pon en ella tus ansias á cubierto, y saca á dulces pastos la memoria.

Adonde tú no llegues, ella alcance con esta ley que amor le da, inefable; ella te acorra en todo amargo trance; que es, siendo espiritual, inagotable.

La casa te es corona y te es vestido, y es forma tuya y es tu informadora, y es, á la vez, tu cárcel y es tu nido; porque, siendo tu esclava, es tu señora.

La ley que ambos le dimos nos obliga; de la vida ayer nuestra, hoy nos mantiene; somos ambos el campo y ella espiga; pasaremos los dos, ella deviene.

Ten fe que es ella, en cada empresa tuya, lo que se salva, lo que endura y crece; no temas de la edad que la destruya; antes, porque es virtud, ya no perece.

Sé tú de ella en poder, no en abandono; y métela en lo esquivo y en lo adverso; quiero darte en la casa más que un trono, aunque un trono ya es más que el universo.

Tu casa es, sobre ti, como un escudo que te da majestad y fortaleza; el enemigo romperá sañudo la punta de su espada en su corteza.

Unto es tu casa hecho de todas cosas, que sirve para todas las heridas; las fuerzas de la vida misteriosas se plasman en tu casa esclarecidas.

Y te tienes á ti y á mí me tienes
 en acción de eficacia á par con ella;
 lámpara que mantengo y que mantienes,
 la casa, en nuestro oriente, es nuestra estrella.

Santifica la vida en estos tramos
 de la diurna y habitual libranza;
 templo ha de ser el mundo en que pongamos
 nuestra Arca de Alianza.

Que es nuestra casa, amor, la vida entera
 enaltecida á espiritual decoro,
 y es, de toda hora vaga y pasadera,
 hilado por tus manos, hilo de oro.

Entras desde hoy, casera de mi casa,
 á doble actividad en tus acciones;
 una tu mano compra y la otra tasa,
 con la una acoges y con la otra impones.

Que, aunque es el mundo, al modo suyo, vario,
 tú á la ley de tu casa has de rendirlo;
 que tu dios moriría en tu sagrario,
 si pasto no le das con que nutrirlo.

Y como flor que pasa en una aurora,
 rindiendo al sol las hojas macilentas,
 tu casa pasará, mi ayudadora,
 si tú no la acrecientas.

Tu casa te es descanso y te es milicia
 que quiere ser y no ha de ser sin guerra;
 la sombra suya, brazo de justicia
 sobre las injusticias de la tierra.

¡Entra á ser denodada y á ser fuerte,
 que el gladio te colgué sobre el triclinio;
 y será tu victoria de la muerte
 levantar lo doméstico á dominio.»

II

LA ESPOSA

— Como paloma cerca de la cría,
 aún vacilante y tierna,
 hecha á tomar el grano todavía
 de la boca materna,

respondí á mi Señor: «Heme, que gimo
 dentro de mi flaqueza,
 que se me torna zarzas el arrimo
 y el refugio maleza.

Cobra la tierra á tu palabra viva
 voluntad y armamento,
 y entre mis manos de mujer esquivada,
 rebelarse la siento.

Busqué, Señor, arrimo en tus costados
 y refugio en tu casa;

que yo soy como oveja de ganados
y, en un río, el pastor es quien me pasa.

Llegué á tu casa con las manos hechas
al menester diario,
y tendí las miradas satisfechas
por la paz de su asilo hospitalario.

Nunca de mí pensé negarte nada
y acaté de antemano tu derecho;
esclava tuya fui desde tu entrada,
y bendije tu lecho.

Pero hablaste, Señor, y una manera
de vida diferente
abrió á mis ojos tu palabra fiera,
metió en mi pecho tu palabra ardiente.

Y vi sobre esta casa, de la externa
belleza y de albo techo y de albo muro,
otra casa mayor, de línea eterna,
que mueve de ella y para en lo futuro.

Y vi ser esta la gloriosa masa
en que se funden nuestras energías;
y una hija nuestra alada; y una casa
cuyo decoro está sobre los días.

Y heme, Señor, que vacilé...
Yo vengo

de un mundo hecho á otra vida;
la levadura de otras cosas tengo
en mi sangre embebida.

¡Oh, sé que tú, Señor, pones tus ojos
sobre mí con ternura;
que no me harás cruzar por los rastrojos
descalza, en noche obscura!...

¡Oh, sé que tú, Señor, no dices cosa
que no se halle á mi alcance!
Pero una duda amarga y dolorosa
me turba, en este trance.

¿Te seguiré, Señor?—He aquí, yo estaba
toda blanda y sumisa;
yo el altar con los cirios alumbraba,
tú leías la misa.

Yo aderezaba en castos menesteres
tu trono y tu oficina de labores;
yo llevaba en los hombros los deberes
como carga de flores.

Tú me eras santo y toda cosa vana,
fuera de ti; y un juego
me era el mundo y mi vida era liviana,
fuera, Señor, de mantenerte el fuego.

Y en la inacción se habían adormido
mis potencias ardidadas,

como en el bajo establo obscurecido,
las yeguas desuncidas.

Cuando viene el Señor y en mi retiro
levanta su bandera esclarecida,
y me llama con él al agrio tiro
del carro de la vida.

Que ha dicho mi Señor: «Deja las paces
y sal, conmigo, al día;
sal á segar y á transportar los haces,
espigadera mía.»

La majestad del sitio á que me lleva
me sobresalta toda;
que es más resplandeciente y es más nueva
que mañana de boda.

La exaltación del trono en que me asienta
me conturba y me abate;
que es más estrepitosa y violenta
que campo de combate.

La misión que su gesto me confía
se me hace cautiverio;
que, sobre mí, es más dura todavía
que corona de imperio.

¡Oh, mi Señor!, ¿qué has hecho de tu esclava
que le turbas la calma?

No me estaré ya más, como me estaba,
á paces con mi alma.

Tendré siempre mi lámpara encendida
de continuos cuidados;
se irán mis pensamientos por la vida
con armadura y hierro de soldados.

Me excederé, Señor; pero, al doblarme
la vida, me has doblado los temores;
floreceré con miedo de agostarme,
á la primera escarcha, entre mis flores.

Bien sé, Señor, que en esto que tú has hecho,
tu voz, bendita siempre, me convida,
tras la nupcial consagración del lecho,
á desposorio de almas en la vida.

Pero ello es arduo y sin pensarlo vino;
trae para acá tu lumbré:
no deje entre las zarzas del camino
carne que has de besar sobre la cumbre.»

III

— Mujer de mi elección, vaso de olores,
jardín de mis delicias;
me ha llegado la voz de tus dolores
entre la dulce miel de tus caricias.

Porque te mando esfuerzo te desmayas
y porque te hago libre te conturbas:
si estos muros de casa te son playas,
en las aguas del mar, ¿á qué te turbas?

No te pido servicio, sino parte;
coyunda no te doy, sino camino;
tenerte quiero entera y no obligarte;
ser contigo en la vida y el destino.

La vida va á llamar á nuestra puerta
y no he de ser yo solo el que conteste;
Dios está entrando y te ha de hallar disperta,
porque, en junto, á los dos se manifieste.

No sólo pongas en tu rueca lana,
mas pon, también, las cosas de la vida;
no enhebres sólo el hilo, mas hilvana
tu idea en la labor enriquecida.

Que en lo pensado cabe compostura
y acoplamiento en igualdad de partes;
de esta suerte, mis artes y tus artes
llegarán á cabal arquitectura.

Casa tendremos, no á mi sólo modo
ni sólo al tuyo, enamorada mía;
casa, donde los dos seremos todo
y resquicio no habrá de rebeldía.

Da tu medida y toma mi medida,
y, por las dos, vaya pasando el mundo;
y ésta será la casa esclarecida
que tú fundas, mujer, y que yo fundo.

Esta será la casa en que, casados
mi espíritu ambicioso, el tuyo amante,
han de juntar sus dos significados
en uno activo siempre y operante.

Esta será la casa y la doctrina
de la casa; y ninguno, forastero,
jamás podrá hacer pan con esta harina
ni echar esta ceniza en su brasero.

Esta será la casa, y, vigilantes,
mi espíritu y tu espíritu á su puerta,
diremos sin recelo: «Caminantes,
porque es tan nuestra en todo, os está abierta.»

Entrad á su reposo, que ha nacido
de nuestras inquietudes;
entrad, que aun está alegre y guarda el ruido
de nuestras juventudes.»

Y añadirás: «Es templo y oficina;
yo le di lo gentil, él lo profundo;
y es toda masculina y femenina
y es un modo del mundo.»

¡Oh, de espíritu llena, casa nuestra!
 ¡Oh, superior empleo de mi vida!
 ¡Oh, maestro yo en ella y tú maestra,
 lección dada á la vez y compartida!

Á tanta novedad tu gracia nuevo,
 y por tales caminos;
 no respondas, temblando, «No me atrevo»,
 que son copo en el huso los destinos.

No te empujo por sendas escabrosas,
 ni te arranco á tus dulces menesteres;
 te digo «Haz con espíritu las cosas,
 y saca de ti misma tus deberes.»

Aboca agua del alma en el molino,
 y el trigo de la vida torne harina;
 ¡Oh, molinera!, alégrame el camino,
 cantando, al trasponer de la colina.

Y si mueves, hermana, de una gente
 metida en otra vida,
 y si no rima mi palabra ardiente
 con la tuya medida,

dame tu modo y te daré yo el mío,
 y ambos los puliremos;
 y, como con las piedras hace el río,
 con nuestros dos espíritus haremos.

Quiero tenerte, no callada y muda,
 sino á través de ti sentir la vida;
 más rica y llena cuanto más desnuda;
 de seda no, mas de virtud vestida.

Quiero unirme á tu entraña y á tu modo,
 y á esta gracia del mundo en tu manera;
 en tus pupilas ver plasmarse todo,
 y cómo, en ellas, cambia su carrera.

Tener de lo futuro y lo divino
 un primer anticipo en tus palabras;
 las puertas de diamante del destino
 quiero que tú las muevas y las abras;

que este pacto de unión que pronunciamos
 pase de la substancia á la doctrina,
 y que esta casa nuestra tenga tramos
 con que subir á la ideal colina.

Hagan las manos la labor diurna,
 bajo la paz de las unidas frentes,
 y entren, de noche, en una misma urna
 las cenizas calientes.

Mujer, yo no te aparto á vida extraña,
 ni de ésta que eres tú quiero trocarte;
 mas te digo: «Esta lumbre de tu entraña
 sácala por defuera á iluminarte.»

Que la belleza y el externo bulto
inalterable, cansa;
mas no, si brota á lo exterior lo oculto,
que en un afán perpetuo no descansa.

Me entiendes ya; sobre tu gentileza
mi bandera moví por ambos lados,
y ahora estás, como nueva fortaleza,
con todos los ardidés preparados.

Mujer, entra á labor, que ya se pasa
el tiempo de lo activo en lo cantado;
entra á labor, conforme está mandado,
y en tu virtud prosperará tu casa.

INTERMEDIO

(VENDIMIÓN)

I

LAS COSTUMBRES

Cadenas materiales,
labradas de finísimos metales,
la ordenación divina
su frente libre á nuestro peso inclina.

Tendemos nuestros velos
espesos, sobre todos los anhelos;
llevamos á morir en la rutina
la santa actividad de la doctrina.

En la vida ardua y grave
somos yugo ligero y carga suave;
mujer tierna, abandona
en nosotras tu cetro y tu corona.

Y seremos las hadas misteriosas
que, en el hogar, te ordenarán las cosas;
y ceñirá de flores tu cabeza,
santa parasitaria, la pereza.

II

LAS PIEDADES

Dulce mujer, como óleo te seremos,
y tu propia virtud suavizaremos;
á esta verdad tan tuya, que te alarma,
le quitaremos su dureza de arma.

¡Oh!, no pongas combate
donde esta paz tan llevadera late.
¡Oh!, sé cauta y piadosa;
no la espina le des, sino la rosa.

Da paso á la mentira, si cautiva
su alma con esta gracia compasiva;
á paz vive con él, que, si ha de amarte,
prenda te es de su amor sacrificarte.

III

LOS ENSUEÑOS

No ha de ser hacedero;
guárdalo en tus entrañas prisionero.
En la impiedad de estas escarchas frías,
tu dulce lirio azul malograrias.

Enciérralo en tu alma,
y ella sea ataúd y él sea palma;

hurta al alcance del mundano ruido
tu ideal no-nacido.

Y no des á las cosas
solicitud de manos cuidadosas;
mira que él perdería
la color, sin tu tierna compañía.

Agria es la vida y dura como peña;
tú, mujer, sueña, sueña...,
que al cabo, si á las cosas te esclavizas,
sólo tendrás cosecha de cenizas.

Ausente la mirada y distraída,
pasa divinamente por la vida;
y de este ensueño tuyo estacionario
te corten, cuando mueras, tu sudario.

IV

LAS HUMILDADES

Humilde mujer santa,
eres frágil, ¿y tu alma se levanta?
Dios escribió en los astros tu destino,
¿y tú te harás el viaje y el camino?

¡No! Velaron por ti; ya está trazada
la ruta á que ha de abrirse tu mirada;

no el mundo, á tus soberbias orgullosas;
acopla tus deseos á las cosas.

¿Derribarás el árbol, si no sabes
qué nidos hay en él para las aves?
Atiende, temeraria;
pára el mandato y usa la plegaria.

Sea tu gesto, en la tormenta enorme,
una piedad conforme,
y resignada y expectante vive,
como una flor, del agua que recibe.

V

LOS ÍDOLOS

No llesves más allá de estos sagrarios
tus pasos voluntarios;
llega á nosotros; nos verás cubiertos
de los propios despojos de tus muertos.

No oses una mirada
por esta sacra tierra inexplorada;
no rompas los silencios seculares
con sacrilego ruido de cantares.

Si nos mueves, saldrá por los resquicios
sangre de los antiguos sacrificios;

si vuelcas el aceite de la ofrenda,
víboras parirá sobre la senda.

VI

LAS SENSUALIDADES

El mundo pára aquí; deja, prendidos
de esta grasa hermosura, los sentidos;
todas las voces de la interna lira,
como no mueven de ellos, son mentira.

Vive de pulpa y jugos y colores,
de frutas y de flores;
éstos sean pañales,
y tus deseos como recentales.

Camina por lo duro y colorido,
por lo fijo y de bulto y encendido;
que el pavoroso, espiritual desierto,
huesos de caravanas lo han cubierto.

VII

LOS MIEDOS

Como tu madre ha sido,
como tu padre y los demás del nido;
mujer, no quieras ser ni más ni menos,
que les bastó con ello y fueron buenos.

No dejes lo seguro,
mira que el enemigo está en lo oscuro;
que en el peligro muere
quien el peligro quiere.

La vida es adversaria,
y quien la tienta, presa voluntaria;
aquí te puso Dios, y tú aquí esperas
que Dios te saque á gloria cuando mueras.

VIII

LAS FATALIDADES

¿Que es, contra el Universo irremediable,
tu gesto deleznable?
Como empujar los mares con la mano,
así, mujer, tu débil gesto es vano.

El espíritu es viejo,
y á tus espaldas llevas el consejo;
prisionera te tienen los cristales
de las cosas fatales.

La mano laboriosa,
la mente, en sus adentros, afanosa,
en el trance mayor no han de valerte,
ni torcer la guadaña de la muerte.

IX

LOS MILAGROS

Poco has hecho, más poco harás mañana;
el sol no alumbra nuevo en tu ventana;
el rincón de tu artesa está impedido
de la masa que el tiempo ha endurecido.

Pero no desesperes;
ten fe, que se harán solos los deberes;
sigue, maravillada,
la lumbré de la estrella innominada.

La tierra se conmueve
y los pastores andan por la nieve,
y en la puerta de establo de tu vida
una virgen se está recién parida...

X

LAS CAMPANAS QUE ANDAN

No llamamos á misa;
somos desprendimiento y somos risa;
somos flores sin fruto, eternamente
echadas á volar por el ambiente.

Á libertarte de tus propias voces
acudimos veloces;
somos rumor de cosas, agitadas
en alegres bandadas.

Pétalos esparcidos,
pajas echadas fuera de los nidos,
vida sobrero, vida redundante,
lumbre del día y lumbre del instante;

somos campanería
sin sentido, sin ritmo ni armonía;
espuma de aguas, rasplandor de llama,
voz sin verdad y mundo en panorama.

Tú, que á labor estabas
y en la raíz del mundo te aplicabas,
sal á tu puerta, y se te pase el día
en la errante y veloz campanería...

XI

LAS LLAGAS

Dispensadoras manos
de los piadosos bálsamos humanos,
¿seguiréis el camino
sin cultivar este jardín divino?

Manos aquietadoras,
manos de las unciones bienhechoras,

¿mantendréis las aciagas
armas, sobre las rosas de las llagas?

Manos, ya más que manos, corazones,
¿os negaréis á las renunciaciones,
en las vastas heridas
de las llagas floridas?...

La vida que agitáis fervientemente
no tendrá unciones para vuestra frente;
y acaso siga una amenaza al brillo
de vuestra recia espada de caudillo.

Pero nosotras, manos,
en esta soledad de los pantanos
y en esta eflorescencia milagrosa
de la vida leprosa,

con voces blandas os bendeciremos,
todo dominio os aseguramos,
y os ungiremos de misión divina,
manos, en vuestros oros de hornacina.

XII

LA LUNA

Sí; mira el mundo, amada;
sí; mira el mundo, tierna y delicada
mujer, de la alba frente como flores;
mas míralo en mis dulces resplandores.

Que el mundo se suaviza
en mis blandas alburas de ceniza;
todo él expande, á mi caricia fría,
una exterior y blanca poesía.

Los profundos abismos que lo agrietan,
como están entre gasas, no te inquietan;
y corre en mi regazo tu albedrío
sereno y sin tropiezos, como un río.

De noche harás camino,
que es máscara, la noche, del Destino;
y sobre los reptiles, echa amores
la voz de los melosos ruiseñores.

XIII

VENDIMIÓN

... Sonó toda mi orquesta,
como era para tí, dulce y honesta;
me revestí, como tu honor exige,
de una púdica gracia en lo que dije.

Llevé, para tentarte, mi doctrina
á una manera de piedad divina,
¡oh mujer, oh mujer, oh mi aliada,
de tan piadosa que eres, despiadada!

Los filtros de mi hechizo busqué, aviesos,
en el tuétano mismo de tus huesos;
y cifré, con paciencias de alquimista,
en tus propias virtudes mi conquista.

Del mismo copo en que hilas, para el día
de tu imperio, la púrpura bravía,
iré yo hilando, oculto y voluntario,
tu invisible sudario.

— Duerme, mujer, y entre mis manos, deja,
si la labor te rinde, tu madeja,
que, para pasto de mi eterno encono,
sólo te pido un poco de abandono.

SALMO TERCERO

I

LA ESPOSA

—Ha hablado mi Señor y dió á mis horas
ocupación y empleo;
y aplacó, en sus caricias salvadoras,
la sed de mi deseo.

Pero, en el campo de mis días, mueve
su hueste el enemigo;
y arrecia el huracán y cae la nieve
sobre mi propio abrigo.

Sin camino me veo en el camino,
y en la abundancia, escasa;
serví al Destino y me engañó el Destino;
alcé mi casa y se me alzó la casa.

Porque ya es mi virtud la que me tienta
y estoy desorientada:
dame, Señor, tu brazo en la tormenta
y en la lucha tu espada.

Acato, sin quejarme, tu sentencia,
y ando al compás que tú andas;
pero ésta es ocasión de violencia
y mis manos son blandas.

Los enemigos contra mí se alzaron
con mi propia bandera;
y de mis propias armas me dejaron
herida y prisionera.

Ni vicio ni pecado entró en mi pecho,
y yo vacilo, incierta;
hay desorden, Señor, sobre tu lecho,
y yo no abrí la puerta.

Estoy en mi pureza conturbada,
manchada en mi blancura;
en su óleo está la lámpara apagada
y el día es noche oscura.

Heme, Señor, mojada del rocío,
y no salí á la senda;
he lavado mis ojos en el río
y los cubre una venda.

Señor, hice á mi modo y es mi modo
el que levanta el hierro;
Señor, clava tu antorcha, en un recodo,
por estas lobregueces de mi encierro.

II

—«La ley que ayer le dimos nos obliga»:
 pára, mujer, en esto,
 y tu camino no tendrá fatiga,
 ni desmayo tu gesto.

Las ansias que te inquietan, las virtudes
 de tus tiempos pasados,
 la piedad de tus dulces juventudes
 y la voz de tus muertos adorados;

todo lo que eres tú, sin que tú misma,
 de tus activas manos, lo hayas hecho;
 tu bautismo, tu crisma
 y el familiar raigambre de tu pecho;

el zumo de virtud, que todavía
 no se ha cuajado en frutos;
 la pía flor, que es la promesa pía
 de futuros tributos;

todo el blando caudal que tu dormida
 alma, en el fondo, lleva;
 bueno, no por caudal, más por la vida
 que, con el tiempo, mueva;

todo, pues tienes casa, haz que lo informe
 la ley de casa nuestra,

y vendrá á paces la batalla enorme
 y tú en la paz extenderás tu diestra.

No te digo «Sé pía y virtuosa;
 la piedad que te abrasa
 arda toda en tu carne luminosa»;
 digo: «Sé de tu casa.»

Bueno será lo que, en su ley, encuentre
 confirmación serena;
 lo que, á nutrirlo, en sus caminos, entre
 como la sangre por la fácil vena.

No te dejes turbar de lo impreciso,
 ni te embarguen las ansias ideales;
 antes vive en la fuerza y el aviso
 de tus plenas acciones temporales.

Buena serás á los demás, si alcanzas
 á hacerles en tu casa tu seguro;
 no, si á darles socorro te abalanzas
 y tus óbolos caen fuera del muro.

Buena á ti te serás, no si en ofrenda
 das tu vida á tus propias santidades,
 más si ellas son regalo en tu vivienda
 y cauce en que sembrar tus voluntades.

Buena á mí me serás—y aun cuando acabo,
 buena á mí me serás en todo estilo—,

no, si me rindes tu albedrío esclavo,
más si haces á mi espada un doble filo.

Esta es, mujer, mi antorcha y mi bandera,
y este, que está en tus manos, es mi templo;
ahora, mi ayudadora y compañera,
séme, á la vez, discípula y ejemplo.

La casa empieza á ser; de los fervores
de tu propia inquietud se hace el cimientó;
dame tus brazos y no falten flores
en el claro frontón del monumento.

Dame tus labios y no falte vida
donde á tanto equilibrio alcanza el arte;
quiero encenderte toda y agitarte
para que llegue á ritmo tu medida.

Que en esta casa nuestra que imagino,
por que su paz tenga un sabor precioso,
la hemos de hacer de gritos del camino
y de combates arduos su reposo.

Que ha de ser, como el yunque de las fraguas,
hecha al dolor del ascua y del montante;
y ha de ser, como peña entre las aguas,
toda á lejanos mundos resonante.

No tímida recojas los sentidos,
que el espíritu es Dios de las batallas;

tráelos con los hogares encendidos,
y que llegue el incendio á tus murallas.

Que has de labrar tu torre á vivas llamas
y has de hacer, en su línea, violencia;
y armada del incendio en que la inflamas,
tendrá esplendor en su magnificencia.

Abre, mujer, la estancia de las rosas,
y mueve las cortinas de los lirios;
caiga de las redomas especiosas
el licor que acompaña los delirios;

dispón la mesa del festín y el lecho
rico de los amores,
y mi frente caerá sobre tu pecho
y me será tu carne como flores.

III

LA ESPOSA

— Señor, fueron tus besos como vino
y estoy toda turbada;
heme, Señor, que acabo mi camino
y no acerté á salir de la hondonada.

Cuando á mayores ansias me encendía,
fué más pronto el desmayo;

caí, cuando á los astros ya salía,
como herida del rayo.

Yo no sé, mi Señor, qué hay en tu beso,
ni qué misterio este desmayo encierra;
toda mi ligereza se hizo peso,
y el alma mía gravedad de tierra.

En el mayor fervor de mis dos alas
mi vuelo se hizo duro;
perdió mi almendro en flor todas las galas,
y el fruto está maduro.

¿Quién es éste, Señor, que en sí recoge
todas mis energías?
El trigo echó raíces en mi troje,
la maravilla aletargó mis días.

Entra á espesor de sangre en mis entrañas
todo ideal anhelo;
di si he pecado, tú, que me acompañas,
y, por seguirme, has recogido el vuelo.

Di si he pecado, en esta efervescencia
de todos mis sentidos;
el aire me ha perdido transparencia
y sólo me oigo á mí por los oídos.

Señor, la carne tengo en tiranía
y el alma en cautiverio;

habla, y tu voz me sea como el día,
que toda yo estoy negra de misterio.

Mi casa hierve en mí y estoy tan llena
de cantidad de vida en lo repuesto,
que la interior florida me encadena
y tiene un peso secular mi gesto.

Á libertad me llamas y á soltura
espiritual, por la radiante senda,
y heme que estoy atada en la clausura
inerte y especiosa de mi tienda.

¿Quién es éste, Señor, que en sí recoge
todas mis energías?...
El trigo echó raíces en mi troje,
la maravilla aletargó mis días.

SALMO CUARTO

I

HIMNO

— Haré las cuerdas de mis propias venas
y de mis propios huesos el salterio;
que éste que viene rompe mis cadenas
y levanta á esplendor mi cautiverio.

¡Oh, tú, la dulce tierra de mis lirios,
y el campo, todo en flor, donde cosecho!
Mi espíritu arderá, como los cirios,
en las cuatro columnas de tu lecho.

¡Oh, con qué lumbre el sol esta mañana
te nimbó la cabeza en tu desmayo!
¡Oh, te vi como nueva soberanal
Se armó tu diestra en su caliente rayo.

¡Oh, cómo, en posesión definitiva,
moví mi rostro entre mis cuatro muros!
Mi casa ha florecido en carne viva,
los frutos de mi huerto están maduros.

Las horas del amor son como escombros,
y ésta me encumbra á exaltación suprema.
¡Oh!, ¿qué púrpura nueva hay en mis hombros?
Y en mi frente, ¿qué nueva diadema?

La acostumbrada ordenación se trunca
dentro de mí, y se para la memoria.
¡Oh no creída, oh no esperada nunca
hora de la victoria!

¡Oh fuerte, oh noble, oh redentora, oh firme
roca de mis cimientos!
¡Oh!, ¿qué me debes tú, para cubrirme
de estos florecimientos?

¡Oh heroica en tu callada mansedumbre!
¡Oh llena de vigor como la tierra!
Toda has crecido, y eres como cumbre
que el sol viste de llamas en la sierra.

¡Oh, te tendré en altar ante mis ojos
y á eterna paz te llevaré en el alma!
Tus manos tiernas besaré de hinojos
porque me has dado la suprema calma.

¡Oh, ya no aspiro á más, con ser valiente
como volcán en fiebre mi desco!
Cuelgo en la torre limpia de tu frente
toda mi voluntad como trofeo.

Sale virtud de ti, como en la aurora
salen del sol reflejos;
la luz sagrada de tu triunfo dora
la frente de tus viejos.

¡Oh, mis brazos en ambos, genitores,
de quien la he recibido!
¡Oh, mirad en la paz de estos amores
perpetuarse el calor de vuestro nido!

Los muertos míos tornan á presencia
dentro de mis entrañas;
y en la hora de su gran magnificencia,
divina madre mía, la acompañas.

Y en mi renovación me estás al lado,
Padre y Señor, y pasa,
de tus puños al mío conturbado,
el cetro de tu casa.

¡Oh, blanca en tu victoria y revestida
de lumbre en tus dolores!
¡Oh, tú, que has hecho florecer mi vida,
entre las propias hojas de tus flores!

Éste que viene, tierno en su armadura
y liviano en sus huesos;
éste en quien son substancia y levadura
mis besos y tus besos;

éste de carne en flor y de la vida
balbuciente, que late,
sangriento en desnudez, como la herida
de un glorioso combate,

éste es mi casa, al fin, que en el divino
gesto de un ser humano
viene á poner, en medio del camino,
mi pendón soberano.

Éste, de lo más duro de la vida,
con sus débiles manos nos descarga,
que es voz concreta y lámpara encendida
en el silencio y la tiniebla amarga.

Éste surge en la aurora y pone flores
en el árida senda;
por él las voluntades son amores
y el deber es ofrenda.

Éste eleva tu casa á sentimiento
y á plenitud tu idea;
por él entra en la tierra, á su sustento,
la voluntad que crea.

Ya nuestra obra conjunta está salvada;
mujer mía, reposa,
que te haces inmortal en su mirada
y en toda su hermosura eres gloriosa.

II

LA ESPOSA

— Hoy no me turbaré, que ya es de bulto
mi misión y mi hechura;
ya no oigo tentaciones en lo oculto,
que él vive ya y en él estoy segura.

Divina mano tierna, que eres guía
y antorcha en el camino,
tú has levantado, en la tiniebla mía,
el velo del destino.

En mi blandura, tú me hiciste fuerte,
y en mis dudas, resuelta;
de la cadena que me echó la muerte,
por tu mano, estoy suelta.

Que entro, desde hoy, por maternal derecho,
á partes con la vida;
y soy fuerza en las fuerzas; y en el hecho
del universo vivo, soy medida.

Que tú eres obra mía, y sobre el mundo
levantas mi divisa;
y lo exterior se enlaza á lo que fundo
en la paz ideal de tu sonrisa.

Todo el orbe eres tú, puesto á cobijo
y á medro en mi regazo;
el universo está en mis brazos, hijo,
cada vez que te abrazo.

Por ti me hablará el mundo en lengua mía,
y en el mundo mis manos
dejarán rastro; y no pasará día
que no me dé, en tu gracia, á los humanos.

¡Oh, tú, que has hecho brasa en mis cenizas
y has vuelto al mundo el palio de mi diestra,
y en verdad y en espíritu, humanizas
la ley de casa nuestra!

Blando es el mar para mecer tu cuna
y el mundo rico para tu sustento;
para que duermas tú, pone la luna
su dulzura en la paz del firmamento.

Tu padre para ti mueve su obra
fervoroso y callado;
y tú eres como el ápice, en que cobra
el universo su significado.

¡Glorioso tál... Mientras la vida humana
rinde ya el cuello graso á tu fortuna,
la eternidad su placidez desgrana
en el vaivén ingenuo de tu cuna.

III

LA ESPOSA

— Y añadió mi Señor :

«Mujer, celebra
con cantos y alabanzas este día;
porque hoy eres tu Dueña y hoy se quiebra
la vaga tentación que te envolvía.

Porque «de tus entrañas — está escrito —
nacerá el Salvador». Y en cada nueva
creación entrañable, el infinito
prodigio se renueva.

Mira tu casa, en él, sobre tu casa;
mira, en él, á los dos en una hechura;
mira, del tiempo que inflexible pasa,
puesta á cobijo en él mi levadura.

Pon guirnaldas de flores en tu artesa,
y á la luz saca tus mejores paños;
trae los mejores frutos á la mesa
y la más tierna res de tus rebaños.

Y hazme fiesta en los vasos, y echa vino
y me lo dore el sol con su reflejo,
y llama á los que van por el camino
á convite y festejo.

Dispón aquí la cuna y tú á su lado,
y yo te tenga cerca;
y el libro en que tus glorias he cantado
á mis manos acerca.

Que exaltaré, en la fiesta, tu arrogancia
y en tu virtud te llenaré de flores;
que hoy llegan á la cumbre, en su abundancia,
mujer, nuestros amores.

Que tú eres mi Escogida, y yo te he puesto
en lo mejor de mi jardín florido
y has dado flor...» —Y Aquel, del agrio gesto,
que llamo Vendimión, huye vencido.